

NICOLÁS MELINI

EL

**FUTBOLISTA
ASESINO**



CASA de CARTÓN

EL FUTBOLISTA ASESINO

Nicolás Melini

EL FUTBOLISTA ASESINO



CASA DE CARTÓN

© Nicolás Melini, 2012

© Editorial Casa de Cartón S. L., 2012

Editorial Casa de Cartón

editorial@casadcarton.es

www.casadcarton.es

Todos los derechos reservados.

Primera edición: 2000

Segunda edición: 2006

Primera edición en Narrativa Casa de Cartón: Febrero 2012

ISBN: 978-84-938892-7-2

Printed in Spain

Imprenta Fareso

Si Bukowski fuese un mono, le expulsarían
de la tribu...

CHARLES BUKOWSKI
La máquina de follar

Forcejamos, lo derribé, y con una rodilla en
el pecho le hice la confesión.

—No te mato porque se lo prometí...

—¿A quién?

—A Lola.

—¿Entonces, me quería?

Era demasiada chulería. Pisé un poco más
fuerte... La carne del pecho hacía el mismo
ruido que si estuviese en el asador... Empezó
a arrojar sangre por la boca. Cuando me
levanté, se le fue la cabeza —sin fuerza—
para un lado.

CAMILO JOSÉ CELA
La familia de Pascual Duarte

1

Subo al taxi con la parrilla de la barbacoa en una mano y la bolsa de deporte en la otra. Las pongo en el suelo, entre las piernas, y me doy cuenta de que ni siquiera he dado las buenas noches al hombre. Me mira por el retrovisor. Buenas, digo.

Hemos recorrido varios kilómetros cuando salgo de mi ensimismamiento. El taxista no ha dicho nada en absoluto. El taxista tiene miedo a abrir la boca o es demasiado tímido o está cansado. He salido de mi ensimismamiento solo por una razón: el taxista tiene en lo alto de la cabeza dos bultos de distintos tamaños. Los tiene en medio de la calva y yo diría que huelen, porque ha sido un olor extraño lo que me ha distraído. El mayor es del tamaño de una pelota de tenis, sin exagerar. El otro, no. Y, a pesar de estar calvo, precisamente donde emergen los siniestros bultos apuestos, cuatro pelos largos y dispersos florecen grasientos desde la superficie curva.

El coche es pequeño e incómodo. Está sucio. Pero estoy seguro de que lo que huele a muerte es la cabeza del taxista, pues lo peor es que a menos de medio metro ante mis ojos los bultos me distraen, o centran mi atención en su maldad.

Póngase una gorra, hombre, le diría, pero en realidad lo callo.

Es lo menos que debería hacer. Ponerse una gorra, aunque solo fuera por respeto a la clientela que se sienta aquí detrás. Pero no. Ni limpia el taxi ni lo arregla ni se pone una gorra. El taxímetro es de los antiguos y hace ese ruido cuando marca. Como una caja registradora insaciable.

El tumor mayor es tan siniestro que tiene unas venitas azules en forma de riego cerebral. Me pregunto qué tendrán dentro. ¿Pus?

Imagino una disección. Primero imagino una disección limpia, con bisturí. El tipo no se da ni cuenta, sigue conduciendo, pero tiene la cabeza abierta y comienza a manarle un líquido espeso. Me mira por el retrovisor. Yo estoy mirando fijamente su cabeza. Y luego me pongo a imaginar un corte más sucio, con un cuchillo, o mejor imagino lo que pasaría si ahora sacara la navaja y se la clavase en lo alto de la cabeza.

El hombre me vuelve a mirar en el retrovisor.

—¿Qué hace? —dice—, ¿por qué me toca?

—¿Le duele? —pregunto.

—¿Que si me duele? No sea imbécil. ¿Cómo se atreve a tocarme la cabeza?

—¿Le duele o no?

Me mira.

—Estése quieto o se va a enterar.

Conduce malhumorado.

Y mientras tanto yo imagino otra forma de extirparle aquello. Ahora con un golpe sucio y pesado que los aplaste o los incruste en su cabeza o los expanda reventados por su cráneo. Con una plancha, por ejemplo. O con un martillo. O con la parrilla de hierro para la barbacoa.

Entonces el taxi golpea el muro de contención y se detiene y el hombre sale del coche y no sé ni cómo ha podido hacerlo después del tremendo golpe que le he dado. Yo me bajo casi al mismo tiempo que él y lo sigo. No he visto que el bulto de su cabeza reventara ni nada de eso. Ha debido de ceder como una pelota de goma y sigue intacto allí.

Comienzo entonces a pensar unas cosas muy extrañas: que este hombre no limpia el taxi ni se compra otro coche ni otro taxímetro porque piensa morir pronto y no merece la pena. Cuando lo alcanzo me doy cuenta de lo débil que es, y me vuelvo a sentir grande. Soy inmenso. Ahora más. Y atrapo su cabeza un momento porque necesito que esté quieta para poder comprobar el resultado del golpe: los bultos parecen estar colorados. Los toco con los dedos, aprieto y son blandos. Se desplazan ligeramente a los lados de la cabeza, pero están fijos en un punto. Mi deber es arrancarlos.

Lo tengo cogido por el cuello, su cabeza debajo del brazo, y lo conduzco de nuevo hacia el coche. Él se tambalea aturdido. Golpeo la coronilla de su cabeza contra el cristal del coche y me apresuro a investigar los bultos: no se revientan. Arremeto contra el cristal de nuevo. El cristal es duro y no se rompe ni la primera ni la segunda ni la tercera vez que lo golpeo. Investigo los bultos cada vez, pero siguen intactos. Compruebo, con los dedos, que no han perdido consistencia. Están calientes, muy calientes. Desprenden un calor terrorífico. Un calor que no es de este mundo. Hundo un dedo en el mayor y se desliza. Cuando lo vuelvo a golpear contra el cristal procuro situarme de tal modo que pueda ver cómo los bultos amortiguan el golpe. Se deforman planos con la presión del vidrio. Se aplastan y cuando cesa la presión adoptan su forma original. Siniestro, ¿no? El cristal estalla, pero yo sigo. No puedo creer que el taxista tenga la cabeza tan blanda. Porque si la tuviera dura ya se la habría roto. Después de cada golpe inspecciono el cristal esperando encontrar sangre, pero no. Empiezo a impacientarme. No me va a quedar más remedio que sacar la navaja. Le hago una zancadilla y lo derribo. Él rueda por el suelo, quejándose con las manos en la cabeza. Yo abro el coche y saco una de las botas de fútbol de la bolsa de deporte. Los tacos de aluminio brillan en la oscuridad. Se los voy a clavar en lo alto de la cabeza. Inmovilizo su cuerpo con el mío y comienzo y en seguida me percato de que estoy haciendo una chapuza y de que habría sido mucho mejor clavarle la navaja. Ahora la cabeza le sangra por todos lados, pero palpo allí donde está el bulto mayor y lo encuentro igual que siempre. Le clavo la navaja y el taxista emite un grito impresionante, pero yo ni me entero porque estoy muy pendiente de ver lo que pasa con el bulto. No salen líquidos ni nada. Yo había imaginado que dentro habría algo repugnantemente inimaginable, pero no.

2

Subo a casa caminando por la carretera, con grandes zancadas. Acorto distancia entre curva y curva y, al entrar en el barrio, los primeros niños vienen a mi encuentro. Me adoran.

—¿Qué tal, monstruo? —me dice uno.

Se pone a mi lado. Me llega por la cintura. Yo le poso la mano en la cabeza. Tiene una cabecita de Zipi o Zape y me mira con los ojos muy abiertos. Los otros dos son más tímidos, o menos confiados.

—¿Qué haces tan tarde en la calle? —pregunto.

—Si no es tarde.

—¿No?

Ellos se miran entre sí y niegan al mismo tiempo con la cabeza.

—Es de noche —digo.

—Ya.

Este último se ha quedado mirándome la mano en la que llevo la parrilla.

—Pero mañana no hay colegio —dice otro.

Rebujo un poco el pelo del que está junto a mí y sigo mi camino. Sé que los tres están mirándome.

—Bueno, monstruo —oigo que alguno de ellos dice a mi espalda—, a ver qué haces el domingo.

Alzo el brazo, sin volverme, en un gesto de despedida.

Es increíble que los vecinos permitan a Silvia escuchar música a estas horas. Cuando llego al portal, un alarido de guitarras eléctricas me cae encima por el hueco de las escaleras.

Está escuchando algo de ese tipo que se voló la cabeza. Últimamente todo el mundo habla mucho de él. ¿Se voló la cabeza o murió de sobredosis o se estrelló con su coche? Yo qué sé, ya los confundo.

Cuando abro la puerta la música se desconecta de golpe y Silvia llega y me abraza como una niña.

—¡Falo! ¡Falito!

Me besa y yo estoy indefenso, con las manos ocupadas aún: la parrilla en la derecha, y en la otra, la bolsa de deporte que he descolgado de mi hombro.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

—Nada —respondo, pero lo digo de tal forma que no cabe la menor duda de que me pasa algo.

—¿Estás seguro?

—Que sí —me deshago de ella.

Me ha hecho una tortilla y al cabo de un rato ya me la estoy comiendo. Silvia no está en la cocina, sino en la pileta manos a la obra. Me grita que tengo que comprarme otra muda para los entrenamientos. Porque si llueve, dice, no se me seca de un día para otro. Yo como. Y luego ella entra en la cocina.

—Has puesto las botas en agua. Se te van a estropear.

No digo absolutamente nada. Miento. El silencio es una mentira: no van a mojarse más de lo que estaban, por ejemplo. Hoy se pasaron un poco regando el campo. Estaba enfangado.

—Pues las he tendido porque... —advierte.

Mastico sin mirar a Silvia. Mañana les daré un poco de grasa de caballo. Ella se ha quedado mirándome como una mujer hecha y derecha.

—Te han dicho cuánto te van a pagar, ¿no es eso?

Yo no lo confirmo con ningún gesto. No muevo ni un músculo. Pero ella se acerca para poder metérseme delante de los ojos.

—Es poco —asegura.

—Cincuenta mil pesetas —me meto el tenedor en la boca.

Lo he dicho por premiar su insistencia. Ella pone una cara muy trágica, de hacerse cargo.

—Yo creí que los futbolistas ganaban más —dice.

Sonrí: los de tercera, no. Pero como el piso es de un directivo solo nos cobra la mitad del alquiler.

—¿Qué piensas hacer?

—El club ha conseguido trabajos a algunos jugadores —digo sin dejar entrever que lo hago irónicamente.

—¿Trabajos?

Digo que sí, y ella vuelve a poner la expresión trágica. Sé perfectamente que las expresiones no se ponen, pero ella lo hace de un modo tan teatral.

—De verdad que no entiendo cómo tus padres te han dejado cometer la equivocación de venirte a vivir conmigo —ironizo un poco más.

Ella me sonrío con la mirada. Yo sonrío malévolo.

—De verdad —prosigo—, no lo entiendo. Me parece increíble. Aunque sean tan aficionados del equipo y estén tan equivocados respecto a mí y tengan un concepto tan erróneo de lo que son mis intenciones para contigo.

Ella cruza los brazos y me mira.

—No debiste perder la virginidad con un futbolista —concluyo zarandeando la cabeza en plan moralizante—: desde mi punto de vista esa fue una pésima idea.

Ella replica:

—Pues pregunta a mis amigas con quién quieren perder su virginidad.

Con un futbolista, claro, me contesto por ellas. Luego digo:

—Hazme un favor, ¿quieres? No me hagas demasiada publicidad entre tus amigas. Quién sabe.

He sonreído con tal desvergüenza que casi se me desencaja la mandíbula. Ella se preocupa, celosa, porque intuye que eso es lo que le corresponde. Y entonces se me ocurre algo muy extraño: que me estoy comportando con tal naturalidad que nadie podría acusarme. Que soy inocente (en realidad no podía ser de otro modo) porque me he olvidado por completo de sentirme culpable.

—No vas a coger ese trabajo, ¿no?

Ahora sí que se me escapa una carcajada. Silvia es muy graciosa cuando quiere.

—Claro que no —dice—. Pues voy a ver qué puede hacer mi padre.

Me voy a desternillar.

Al cabo de un rato estoy encerrado. Ya queda menos, me digo, va quedando casi nada. Canturreo unas canciones en el retrete y todo suena a gloria. Qué bien suena todo en el retrete. En el retrete soy Pavarotti o el tipo ese que se voló la cabeza. Se me da mejor el falsete desgarrado.

Silvia golpea la puerta y me interrumpe. Dice que es para mí. El teléfono. Alguien llama y yo le digo a Silvia que estoy cagando. La oigo reír. Silvia me adora. Y sé que en este momento me adora más porque le ha encantado que diga en voz alta...

—¿Qué digo?

Yo le digo que diga eso. La oigo reír. Su risa se aleja. Al cabo de un momento la escucho:

—No puede ponerse, está cagando. ¿Quiere dejar algún mensaje?

Una pausa y luego:

—Bueno. Adiós.

—Anda —salgo del baño como una exhalación—. Nos vamos.

Ella me mira como si no acabase de comprender.

—Nos vamos al concierto —no me detengo hasta alcanzar la salida.

Ella no tarda ni un segundo en levantarse del sofá y llegar también hasta la puerta.

—Falo —dice—, tienes que jugar el domingo.

La miro.

—¿Y?

Ella se encoge de hombros. Sonríe. Es la primera en bajar las escaleras. Yo cierro y bajamos corriendo.

—¿Quién era?

—Dijo que volvería a llamar. No sé.

Los atajos que tomamos entre curva y curva están oscuros. Se oyen las ranas en los estanques. Las ratas se esconden a nuestro paso. Podemos oírlas correr entre las hierbas. La melena rubia de Silvia resalta en la oscuridad.

De momento no sé si pensar que ya no quedará ni rastro del taxi y del taxista. Al principio me pasaba eso: pensaba que había dejado olvidado un cadáver en un armario y sin embar-

go lo abría y no estaba y todo había sido un sueño. Me digo que ya habrán retirado el cadáver y el coche de la carretera, que ya no quedarán ni curiosos ni policías. Porque estoy seguro de que han tenido que acudir muchos curiosos y policías, aunque ahora no quedase ni rastro de nada.

Pero cuando descendemos por el camino comienzo a oír las voces de mucha gente. Están en la curva. Es más, también se oye el ruido de motor de algunos coches, y cuando por fin llegamos cerca de la carretera vemos que hay una cola de coches parados ahí, con el motor encendido, que llega desde una curva hasta la otra. Alrededor del taxi hay, en efecto, un montón de gente, y los policías han acordonado la zona y tratan de mantener bien alejado a todo el mundo. Y esperan, eso parece, con el cadáver cubierto en el suelo.

Silvia me dice que no me acerque. Que no sea curioso. Qué me importa a mí lo que haya pasado. Está inquieta. Me sujeta por el brazo. Pero yo me deshago de ella y la dejo ahí esperándome. Y cuando llego junto a la gente alguien me reconoce. Sé que me reconoce porque me mira y sonrío, y yo me pongo a su lado. Esto es algo que me suele pasar. Me conoce gente que no conozco de nada, aunque sí sé por qué me conocen y todo eso. Este se dirige a mí como si hubiésemos quedado en vernos aquí esta noche.

—Se ha empotrado contra el muro —comenta.

Yo contemplo el estado del capó. Está completamente hundido. No comprendo cómo la chapa pudo ceder tanto. No íbamos tan deprisa.

—¿Qué ha pasado?

—¿No se nota?

Me mira con sorna.

Pero yo estoy seguro de que la policía no puede creer que se trate de un accidente, aunque entiendo que eso es lo que parece a simple vista. Me tomé la molestia de levantar la bandera. Y en efecto, el letrerito reza que el taxi estaba libre... y solo hay un cadáver, el del conductor. Pero no lo hice ni mucho menos para que todo parezca lo que no es, sino por «enredar» un poco.

Un policía se pone a controlar el tráfico. Va diciendo a los conductores, uno por uno, que circulen. Pero los conductores pasan más despacio junto a la gente, y miran, aunque no ven

nada. Y sé que la naturaleza de lo ocurrido es ambigua, y esa ambigüedad inesperada me divierte. Aunque también me defrauda un poco. No es lo mismo esto que ser el asesino y encontrarse entre gente que por lo menos sabe que existe un asesino. Por un momento siento que no existo y eso no me gusta nada.

Me sitúo ante dos policías y los miro. Ellos miran hacia donde estoy pero no me ven. A mi alrededor escucho la palabra accidente. Alguien la ha pronunciado más de una vez. Pero los policías no pueden estar tan equivocados. Es inconcebible. Me arrepiento de no haber dejado la navaja clavada en lo alto de la cabeza del taxista, aunque les hubiera costado bastante poco averiguar a quién pertenece.

—Entonces, ¿qué? ¿Cómo va eso?

El hombre se dirige a mí. Lo miro.

—Bien.

Él sonrío. Su amabilidad es insultante. Y un perro empieza a ladrar. Solo me ladra a mí, como si lo supiera todo. Lo escucho ladrar... Sus ladridos me tranquilizan.

—¿Y ese cambio de equipo tan repentino?

Ahora el que sonrío soy yo.

—Cuestión de dinero —digo.

El perro sigue ladrándome impertinente.

—Pagan mejor —concluyo.

Él asiente, como si comprendiera.

—Pero es peor club.

Ahora asiento yo. Todo es mentira. Cada vez cobro menos. Cada vez en un equipo inferior, y el perro bonito no deja de ladrarme. Pero hay que hacer correr la voz de que las cosas son de otra manera.

Me acerco al perro. Desconfía de mí y me enseña los dientes.

—Ten cuidado.

Sé que el hombre me mira y se pregunta por qué demonios el perro me ladra solo a mí. Estoy tan tranquilo que pongo mi mano al alcance de su boca y cede. Ahora es manso. Lo acaricio. Se deja y me mira y mueve el rabo y yo le digo cosas. Susurro. Le digo: bonito. Y le toco el morro. Bonito. Mueve el rabo. A ver quién me acusa a mí de nada.

3

Mi padre y mi madre: últimamente me acuerdo mucho de ellos.

Con mi padre viví durante algún tiempo.

Un día me dijo:

—Así que te pagan por jugar al fútbol —y al cabo de un rato comentó—: Eso está muy bien.

Mi padre podía empezar hoy a decir una frase y terminar de decirla mañana, así que al cabo de una semana me dijo:

—Te agradeceré que me pagues un alquiler por dormir en esta casa.

Y como yo no tenía dinero para pagar el total de mi parte del alquiler, mi padre buscó a alguien con quien pudiera compartirlo. Conrado no era trigo limpio. A partir de entonces la mitad de mi habitación le pertenecía.

Bajamos caminando por la carretera. Hay un rielar muy cursi en el mar. Es el reflejo de la luna, pero también se reflejan, abajo, las luces de la avenida. O sea, que el mar es una fuente de luz en la noche. Y además están las luces de un par de buques y unos cuantos pesqueros. Me pregunto cómo verán los pescadores, desde mar adentro, la ciudad. La oscuridad está salpicada por las luces de las casas que se desperdigán en el campo. Trepan la ladera de la noche hacia el cielo, y se concentran, como inmensas galaxias, en pequeñas poblaciones. La pista del aeropuerto también es toda luces junto al mar, y ha debido de empezar el concierto, porque la voz amplificadas de un cantante rebota entre los barrancos y nos alcanza su eco retardado.

Silvia se apresura.

La noche entera es un optimista fuego artificial congelado, salvo raras excepciones. Y busco por toda la costa la luz de un faro. Aunque ni falta que hace: cualquier idiota encontraría, a ciegas, el centro del Universo.

—Imagínate que no hubiese ninguna luz a la vista. Que mirases donde mirases no pudieras atisbar ni un solo punto de luz desde aquí.

—Qué miedo.

—¿Por qué?

—Porque entonces estaríamos en ninguna parte.

—¡Claro! —me entusiasmo.

Llegamos junto a las primeras casas de la ciudad. Busco luces más o menos ansiosamente. Las fachadas de los edificios, con sus ventanas, son colmenas de luz o de sombra. Farolas en la alameda. Los semáforos no constituyen un obstáculo para el tráfico porque están en ámbar. En la calle hay mucha gente joven que se dirige hacia el concierto. Sus cigarrillos son luciérnagas rojas.

Silvia no se da ni cuenta de que me estoy rezagando. Ahora hay luces atronadoras y bullicio y motoristas que son luces ruidosas y fugaces, y de pronto una ambulancia y un coche de policía que son luces sirenas porque alguien no ha hecho el ceda el paso en un semáforo ámbar y el motorista pasa volando literalmente muy cerca de donde camino. Yo consigo verlo pasar porque me ha alarmado el estruendo de chapas y chispas, y lo veo deslizarse por el suelo hasta que la fachada de una casa lo detiene. Está ahí tendido y me acerco. Silvia está junto a mí.

Al principio creemos que está muerto. Pero, cuando descubrimos que no, ya nos hemos acercado demasiado y no nos queda más remedio que preguntarle qué tal se encuentra.

—Silvia, ¿te imaginas que empleáramos el resto de la noche en destruir todas las luces hasta conseguir instalarnos en medio de ninguna parte?

—Eso estaría bien —responde—. Sí.

El motorista deja de quejarse y se nos queda mirando y no sabe qué pensar de nosotros y lo que decimos.

—¿Te has hecho daño?

Cae en la cuenta de que ha tenido un accidente y comienza a quejarse de todos los huesos de su cuerpo. Para entonces se ha acercado un montón de gente y ya no hacemos ninguna falta. Así que seguimos nuestro camino.

La música transita por todas las calles, aunque recorre unas con mayor intensidad que otras. Para llegar a la plaza donde tiene lugar el concierto debemos subir las escaleras de un callejón adoquinado. Y está a oscuras. Pero en los rincones oscuros hay sombríos personajes que fuman porros o mean fumando. Y parejas que se besan fumando también. Las colillas son renovadas luciérnagas, así que comienzo a desalentarme. Para colmo han engalanado la ciudad con bombillas y cada vez hay más comercios con escaparates iluminados y luces de neón.

O sea, que cojo de la mano a Silvia y la siento en un murito a la sombra de la luna.

—Esto podríamos haberlo hecho en casa.

Le bajo la cremallera del pantalón y meto la mano y ella gime.

—No, en casa no haría falta que hiciéramos esto —respondo.

—Para hacer esto no hacía falta salir.

—Sí, porque en casa no hay un callejón oscuro.

Mientras la toco no aparto la vista del movimiento obnubilador de las colillas. De la cintura a la boca y de la boca a la cintura. Y me pregunto si ellos nos verán tan poco como yo a ellos. Silvia se encarama sobre mí y comienza a moverse sobre mi mano. Yo cuento las colillas. Son cinco. Y adivino el blanco de algunos de sus ojos, y el cuello de alguna de sus camisas blancas. En fin. Silvia me muerde el cuello y la mandíbula. Escucho unas risas ahogadas, pero no sé si pensar que son socarronas y tienen algo que ver con nosotros o por el contrario son el fruto de alguna conversación que estén manteniendo.

Tal vez estén colocados. Y esto pienso mientras Silvia se corre y emite un gemido en mi cuello y con las mayores risas llueven a nuestros pies cinco colillas encendidas. Los aplausos y las carcajadas desconciertan y avergüenzan a Silvia que se aleja y desaparece. Sé que ella debe de estar esperándome al final de la escalera, así que tomo la dirección contraria.

Llego al concierto dando un rodeo. Debe de haber mucha gente dentro de la plaza, pero fuera se agolpa otro buen montón. Hay varios coches de policía (uno junto a cada entrada) y un furgón donde venden perritos calientes y hamburguesas y a lo mejor hasta churros con chocolate.

Los que no han entrado se apoyan en los capós de los coches y oyen el concierto y fuman bajo la vigilancia de los policías. Y justo cuando llego a una de las entradas hay un grupito de tíos que no para de hablar y de reír y de empujarse y de abrazarse como si fueran uno solo. Uno de ellos se apoya sin darse cuenta en el capó de un coche de policía y está allí tan contento hasta que uno de los policías saca la cabeza por la ventanilla y le llama la atención. Si hubiese estado haciendo el loco con los demás no le habría pasado eso. Él se separa del coche, sonriendo, y los amigos ríen cuando hace un gesto de disculpa y de que ha sido sin querer. El policía le perdona la vida y él se queda intranquilo entre los demás, como si le hubiesen cortado el vacilón. Es entonces cuando abren la puerta y nos dejan entrar gratis a todos. Solo restan tres o cuatro canciones, más las de propina. Y hasta los músicos se vuelven. Somos muchos. Somos tantos que se hace notar nuestra irrupción en el concierto. Y a mí se me ocurre que si nos lo propusiéramos a lo mejor conseguíamos instalarnos esta noche en medio de ninguna parte. Mucha más gente se ha movido a veces por peores causas. Pero no. No he perdido de vista al chico de antes. Cada vez se muestra más recatado. Le han jodido la noche. Ha dejado de estar relajado y a gusto y ya no se deja llevar. ¿O es que él es así? Una carga para sus amigos. Todos saltan y él sin embargo no despega los pies del suelo. Lo intenta, pero o teme quedarse en el aire para siempre o piensa que tener los pies en el suelo es lo que procede dadas las circunstancias, porque no salta ni la mitad que sus amigos.

Así que ellos se lo proponen. Lo obligan a saltar y lo empujan. Todos contra él. Y le golpean la frente hasta calentarle la sesera. Y le dan de beber y de fumar más de lo que ellos mismos se permiten beber y fumar. Son unos buenos amigos. A mí me bastaría con una simple mirada. Me dejarían en paz porque me bastaría con una simple mirada. No sé qué le pasa. Por qué deja que lo obliguen a divertirse. Por qué permite que lo aten a la libertad de los otros. Por qué significa tanto para él pertenecer o no pertenecer a esa pandilla de amigos que no respeta su voluntad de participar a su manera, con los pies en el suelo.

No sé cómo se llama el grupo, pero me suena haber visto al vocalista en un videoclip. Uno en el que dos componentes del grupo se enamoran de la misma tía —creo que el batería y el cantante— y ella les da pie a los dos, ellos se enemistan y ya nada funciona en el grupo como antes, y todo por una mujer, porque todo son malas caras y se pelean, llegan a las manos y creo que es entonces cuando rompen una guitarra. Pero luego deciden que su amistad es más importante y se abrazan y a ella la vemos coger un autobús —parece un Greyhound, aunque el grupo es español— y se marcha de la ciudad.

En realidad la historia del videoclip no tiene nada que ver con la letra de la canción. Me refiero a que en la letra de la canción no se dice nada del batería.

Entonces oigo que alguien dice cerca de mí que el vestido está hecho con tela de bañador: El vestido está hecho con tela de bañador, dice, y mis ojos vuelan, literalmente, hasta su escote. El vestido, en efecto, se le ciñe al cuerpo como un bañador, y ella es rubia y repite lo del tejido sintético para otra amiga. No sé cuál de sus dos tetas me llama más la atención, porque las dos compiten en firmeza. Me haría falta llevarme a casa una buena fotografía, y estudiarla concienzudamente, para decidir cuál de las dos es la flamante ganadora, como en las carreras de caballos. Aunque a lo peor descubro que están empatadas y tengo que premiar a las dos *ex aequo*, y hacerle un lunar a una para poder reconocerlas. Por ahora me quedo mirando el centro de su escote, entre la una y la otra, sin deci-

dirme. Pero al rato ya me he cerciorado de que ha traído sus dos tetas al concierto (sus dos tetas sobresalientes, que sobresalen; sus dos tetas matrícula de honor) pero no quiere compartirlas con cualquiera. En realidad se merece que alguien vaya y se las toque, pero nadie se atreve a tanto. La miran. Miran sus tetas y ella decide sobre la marcha quién es digno, quién se merece un primer plano, un brinco, una inclinación y hasta un roce si se terciá. Y de los indignos se defiende con un desplante, una expresión de desprecio, dándose la vuelta y mostrándose agresivamente indiferente o agobiada. Porque se da por supuesto que sus tetas están ahí inocentemente, y todos deben comportarse inocentemente ante ellas. Hay salidos. Y hay galanes. Por eso se merece que alguien vaya y se las toque, que se las toque alguno de esos, alguno que esté borracho y cariñoso. Y si no, que no traiga las tetas al concierto.

Pero no.

Me mira. A mí me gusta mirar así a la gente. Me sonrío. Yo estoy parado, de pie, mirando adelante. Y ella decide poner en juego sus caderas y baila y ríe y se inclina y las hace vibrar (las caderas escasas y las tetas), y yo sé que lo hace para mí. De vez en cuando dice algo a alguna de sus amigas, como pretendiendo participar en una actividad que no tiene nada que ver conmigo y la verdadera razón que la mueve a decir algo, cualquier cosa, a su amiga, cuando en realidad eso ahora no tiene la menor importancia. Creo que no tardará en acercarse. En realidad es cuestión de tiempo.

—Hola.

Es Silvia. Se encuentra a mi lado.

—¡Hola! —digo.

—¿Dónde estabas? —pregunta.

—Buscándote.

Me alegro mucho de haberla encontrado. Por un momento considero la posibilidad de decirle que la quiero, pero enseguida la descarto. Silvia lo sabe. Está convencida de que la quiero y me adora.

Me abrazo a ella. Ella acomoda su mejilla en mi pecho. La rubia de las tetas se ha quedado mirándonos un poco desconcertada. Ya se le pasará. A mí solo me preocupa que piense

que abrazo a Silvia pretendiendo participar en una actividad que no tiene nada que ver con ella, y que lo hago para que me vea abrazarla. Porque no. Abrazo a Silvia porque la quiero y me preocupa que la rubia piense que tengo en cuenta su presencia.

Silvia dice:

—Mira.

Yo miro y veo a la otra.

—¿Qué?

Silvia me mira y dice:

—Buenas tetas, ¿no?

—Sí —digo—, ya las había visto antes —y luego añado—: pero no tiene culo.

La otra vuelve a poner en juego sus caderas. Pero lo hace como si me hubiera escuchado. Con ademán de fastidio. Y muy desairada. Y es tan flaca que la pelvis rasgará su piel desde dentro, como un cuchillo, y probablemente rasgue también su ceñida piel de bañador.

Yo digo a Silvia:

—¿Ves?

Y ella asiente.

—El vestido que lleva... —hago una pausa para que ella se fije.

—¿Qué?

—Está hecho con tela de bañador.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Se lo oí decir.

Silvia sonrío.

—No se te escapa ni una.

Ahora sonrío yo. La beso. Ella me besa también: no es habitual besar en los labios a alguien que no te bese en los labios al mismo tiempo, aunque este haya sido el final de tantas historias de amor. Yo quiero tanto a Silvia que pasaría toda la noche besando los labios de su cadáver.

Se lo digo:

—Pasaría toda la noche besando los labios de tu cadáver.

—No pienso morirme esta noche, pero también me gustaría que pasaras toda la noche besando los labios de mi cadáver: muchas historias de amor terminaron así.

4

Es curioso, se ha disipado el recuerdo tan reciente de mi crimen, como si de un acto irrelevante se tratase. Silvia y yo estamos en medio de una multitud y nos abrazamos durante las últimas canciones. Ahora pienso que el recuerdo de mi reciente crimen no se ha disipado del todo, puesto que he sido capaz de reflexionar acerca de ello. Aunque eso sí, me sigue pareciendo un acto irrelevante, y mejor será seguir sin concederle la importancia que tiene. Los pechos de Silvia se estrujan contra mi pecho. Llevamos tanto rato así que ya me he olvidado de percibir su contacto blando. Blando es una palabra que me recuerda enseguida los malignos bultos del taxista. Qué habrá dentro de los pechos de Silvia. Al estrechar su cuerpo los pechos de Silvia median entre nosotros, y ceden, y amortiguan nuestro abrazo. Pero llevamos tanto tiempo abrazados que ya no puedo estar seguro de percibirlos. Me separo un poco, hasta liberarme de ellos, y vuelvo a estrujarla lentamente. Los pechos de Silvia manifiestan su real presencia. Ahí están. Vuelvo a separarme, con la coartada de mirar sus ojos, y la estrecho. Seguro que los pechos de Silvia no están vacíos. Tienen mucho de contenedor de líquidos cálido. Son como una cama de agua. Pero esto no lo puedo comprobar ahora mismo, aunque lo recuerdo de otras ocasiones. Los pechos de Silvia, agitados en el aire, suenan como si contuviesen un océano. Por dentro los pechos de Silvia son así, como un océano contra los cascos de las barcas. Se agitan en el aire y el rumor del oleaje me enamora. La quiero. Estoy tan enamorado de ella. Es mi amor tan verdadero.

Tampoco puedo percibirlo ahora, en nuestro abrazo, pero los pechos de Silvia desprenden un calor maternal y vívido. Los he besado. He calentado mi mejilla contra ellos. Y mi oreja ha podido escudriñar el fluir de sus efluvios. Los pechos de Silvia albergan un océano tibio que es la vida. Son una fuente de energía telúrica. Solo el amor puede frenar mi curiosidad. Podría destetarla con los dientes. Alguna vez me he dejado llevar por este impulso, pero el menor quejido por su parte me devuelve a la cordura. Soy incapaz. Aunque estoy seguro de que podría succionar todo lo que se me derramase en la boca, fuera lo que fuese, si con ello no le infligiese ningún daño. De algún modo se trata de la misma curiosidad que satisfacía, cuando niño, al destripar un lagarto.

El final del concierto es de lo más convencional, pero todo el mundo está enfervorecido. Los guitarras y el bajo rasguean sostenidamente, el batería recorre todos los platillos y todos juntos emiten al mismo tiempo el desgarrador acorde final y previsible.

Silvia y yo nos dirigimos, cogidos de la mano, hacia una de las salidas laterales, abrigando el temor de volver a perdernos en este río de auténtica humanidad. Al cruzar la puerta hay un coche de policía y todos tenemos que bordearlo. Si no estuviera ahí en medio se descongestionaría un poco la salida, pero no. De todos modos sería perfecto que entre todos, así como sin querer, lo volcásemos (los policías dentro), y en realidad no nos costaría nada, somos muchos, lo que pasa es que en el último instante nos bifurcamos de milagro dejando en medio el cochecito insignificante. Da hasta un poco de rabia. Nosotros nos vemos arrastrados contra el coche. Se me ocurre arañarlo con las llaves, pero veo que uno de ellos me está vigilando por el retrovisor. Entonces el cochecito se balancea, porque otros muchos se ven arrastrados contra él, y los policías, en el interior, demuestran su inquietud. Oigo un fuerte cacharrazo y me vuelvo y consigo comprobar que alguien ha golpeado adrede, con su rodilla, una de las puertas de atrás. La chapa se ha resentido abombada hacia dentro. Pero uno de los policías ha visto quién ha sido y pretende alcanzarlo. Intenta abrir la puerta pero no puede. Nuestra presión se lo impide. Y

su compañero pone las luces azules y consigue salir por su puerta y al final los dejamos a los dos ahí de pie poniendo un poco de orden, reconduciendo a la gente por uno y otro lado como torpísimos cabreros aficionados, mientras invadimos los callejones de la ciudad.

Los últimos metros me parecen larguísimos, pero en esta nueva calle descubrimos una plaza. Una plaza es un remanso en cualquier lugar, porque, se entiende, en una plaza se acaba la imperiosa necesidad de circular hacia algún sitio. Yo creo que precisamente por eso las plazas se encuentran abarrotadas de ancianos, aunque en esta en concreto, a estas horas de la noche, solo hay jóvenes que fuman y beben, y unas farolas grandes y redondas como lunas en fila india.

Y le digo a Silvia que si nos sentamos en un banco y a ella le parece una idea estupenda.

—Sentarnos aquí es una idea un poco ñoña —dice—, pero me encanta.

Así que Silvia sonríe y nos sentamos y desde aquí vemos pasar a los demás. Todos siguen invadiendo las calles y callejones de la ciudad en dirección hacia algún otro sitio al que tal vez iremos después nosotros.

Y entonces alguien se vuelve y lanza una botella de litro vacía contra una de las farolas. Pasa rozando y se estrella contra el suelo y se hace añicos, y todos ríen y silban porque ha errado. Pero uno de los tíos que se encuentra en el grupo de los del banco al otro lado de la plaza se pica y sale corriendo con otra botella en la mano y la lanza. También falla y la botella se estrella contra una pared y todos vuelven a reír, los que pasan y los de la panda, pero en cualquier caso ha sido muy emocionante ver volar las botellas y esperar la colisión entre los cristales.

—Vaya —exclama Silvia, y me mira.

Yo también estoy gratamente sorprendido. Nos miramos y no nos hace falta decir lo que estamos pensando. Es evidente que esto de acabar con todas las luces es un sueño compartido. Además las farolas son redondas como astros cercanos y son un blanco perfecto para cualquier tirador. Quienquiera que diseñase esas farolas que cuelgan como lunas del suelo y

quienquiera que las fabrique y quienquiera que las haya comprado para la ciudad sabía que harían falta muchos repuestos, porque a nadie escapa que todo el mundo quiso alguna vez cargarse la luna con el tirapiedras o la escopeta de perdigones, y poner al alcance de la puntería blancos tan perfectos es cuando menos una provocación: otra botella vuela y silba el aire dentro de ella al girar sobre sí misma como un bumerán de vidrio.

Se acabó. Todos han errado. Ya no quedan más botellas junto a los tiradores. Las luces de algunas casas se han encendido y seguro que alguien llama al cero noventa y uno. Pero las farolas están aún intactas y burlonas como la luna. Y yo me levanto y cojo del suelo un adoquín oscuro. Y por fin esta piedra cursi del suelo va a servir activamente para una causa justa. Lo lanzo por encima de mi cabeza, como si sacara de banda, y me cuesta seguirlo por el aire porque por un momento se lo traga la oscuridad, pero luego algo estalla y la esfera luminosa se apaga en añicos y algunos me jalean, silban, ríen, y yo hago hacia ellos un gesto victorioso, a pesar de que Silvia no parece muy satisfecha.

Me siento junto a ella y de pronto las paredes de las casas se inundan de luces azules que giran en todas las direcciones, y los tipos que lanzaban las botellas salen corriendo. Son tres los coches de policía atravesados en medio de la calle y al menos seis los policías que descienden, cierran de un portazo los coches y salen corriendo. Los tipos que lanzaban las botellas han desaparecido de nuestra vista. Nosotros nos quedamos aquí, sentados, viendo cómo los policías corren tras ellos.

Silvia está muy nerviosa.

5

—Hola —se trata de Miss Tetas, que me ha visto sentado en el banco en medio de la plaza y se ha acercado—. ¿Estás solo?

Yo digo:

—No.

Ella mira alrededor, a ver si Silvia está en algún sitio, pero no la ve.

—Estoy contigo —añado.

Ella me sonrío, ahora más tranquila, y luego hace un gesto hacia la calle para que sus amigas sigan de largo.

Se sienta.

—¿Dónde está tu amiga?

—Se ha ido a casa.

—¿Y eso?

Yo no respondo. Hago un gesto impreciso y callo. Esto no le incumbe. Silvia se fue a casa porque rompí la farola o porque le inquietó mi sangre fría. Después me sermoneó y eso no se lo consiento. Sé que en cierto sentido le fascinó mi actuación.

—Solo hay una forma de estar junto a mí —le dije—: estar conmigo en todo lo que hago.

—Pues lo siento —y se fue.

Es maravillosa. Esta es una muestra más de que Silvia, a veces, tiene lo que hay que tener. Otras veces no. La mayor parte del tiempo es solo una descerebrada.

—¿Tú quién eres?

—Me llamo Gloria. Y ya sé cómo te llamas tú.

—Encantado, Gloria.

Ella espera que la bese como está establecido hacer en las presentaciones. Me mira expectante y aguarda a que yo inicie el movimiento para ella corresponderlo. Yo la miro para alargar un poco más su expectación y ella me mira los labios y los ojos hasta que dejo de mirarla y comprende que no la voy a besar, y se queda completamente indecisa.

—Tienes unas tetas estupendas, Gloria —digo sin mirarla.

Ella recupera de golpe algo de su confianza de *play mate*.

—Tu amiga también.

—Sí, los pechos de Silvia son muy bonitos.

Ella guarda silencio. Está pensando que me he referido a sus «tetas», y sin embargo he dicho «pechos» al referirme a las de Silvia. Y no sabe si ha sido algo deliberado o no. Y no sabe si establezco algún tipo de categoría con ello. Y si es así, no sabe si sentirse ofendida y mandarme a la mierda o luchar por mí.

Se queda porque no sabe.

Los policías regresan con las manos vacías. Me encantaría que se acercaran a preguntarme algo, pero se diría que nos ignoran. Algunos vienen riéndose. No sé de qué. Uno de ellos inspecciona los cristales que hay en el suelo. Los de las botellas y los de la farola. Mira a lo alto, balancea la cabeza en sentido reprobatorio y luego lo veo escribir algo al respecto. Otro de ellos me reconoce. Yo también lo reconozco a él. Suele estar en la banda durante los encuentros, de servicio. No es extraño que me reconozca. Sin embargo, como si temiera molestar, no me dice nada. Pero él me ha visto y yo lo he visto. Eso lo sabemos los dos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Gloria.

—Que hace un rato he roto esa farola con aquella piedra.

Ella no da crédito a lo que escucha. Ríe. Mira hacia los coches de policía. Vuelve a reír. Nerviosa e incrédula.

—Fue muy emocionante —digo.

—¿Ah sí?

—Sí. Pero todavía quedan ocho —miro a los policías.

Suben a los coches.

Cuando hablo con Gloria se me ocurre la extraña idea de que se trata de la conversación de un asesino con su víctima, y eso antes incluso de que se me ocurra matarla. Me digo que no lo haré porque sus amigas saben con quién está. Y la policía.

—¿Tienes planes para tu futuro, Gloria?

—¿Planes?

—Sí, me refiero a que si sabes lo que quieres hacer algún día y todo eso.

—No. Creo que no.

—¿No tienes ni una simple idea?

—No, por ahora no.

—¿Y qué te lo impide?

—¿Qué... me impide qué...?

—Tener algún tipo de metas, ya sabes.

—No lo sé. ¿Tienes tú algún tipo de metas?

Dejo correr la pregunta. No quiero ni reflexionar acerca de ello. Pero digo:

—No. Yo no. En realidad yo no puedo permitirme aspirar a nada.

—¿Por qué?

—Me estoy suicidando.

Ella ríe. Lo he dicho en un tono que lo desdramatiza por completo. Pero luego la miro de una manera muy especial y la dejo con la duda. Deja de reír.

—Entonces no te has puesto a trabajar duro para llegar a algún sitio —comento.

Cuando hablo así empleo un tono de voz muy seductor y le sonrío prometiendo algo. Sé que si dijera todo esto tal como suena se levantaría del banco y me dejaría hablando solo. Y así, en cambio, da igual lo que diga porque al final todo se reduce a un juego de simple seducción. Y ella participa. Y no sabe si sentirse agredida por mis palabras.

—Yo no trataré de alcanzar lo imposible. Quiero decir que... sé que solo soy lo que tienes delante.

Modestia extraña. Al decir esto parece que se refiere a sus tetas. Eso es lo que tengo delante. La seducción sigue pues formando parte soterrada de nuestro discurso.

—Ya. Supongo que así no debe de ser nada difícil alcanzar la felicidad.

—De eso se trata, ¿no?

Creo que la voy a matar.

—No eres tonta —digo—. La verdad es que se puede hablar contigo.

Ella sonríe abiertamente.

—Gracias —se siente muy halagada.

—De nada, mujer.

Me gusta mucho resultar amable en aquellos momentos de mayor violencia interior. Es algo que he aprendido a hacer durante los partidos.

— Y no te preocupa no ser de ninguna utilidad?

— Utilidad?

—S  —miro su escote.

Estamos muy cerca el uno del otro y ella me mira fijamente y sonríe y balancea la cabeza en sentido afirmativo.

—Que estas tetas tuyas, por ejemplo...

—Mis tetas ya sirven para algo.

— Ah s ? —nos obnubilamos.

—Te lo aseguro.

—No me digas —la beso.

Ya est . Espero que tenga unos buenos pezones. Sal  una vez con una chica de catorce años que la chupaba muy bien aunque era más bien fea. Recuerdo que, a simple vista, lo que más me atraía de ella eran sus tetas, que tampoco eran especialmente bonitas sino grandes y contundentes. El caso es que estuve una tarde entera tratando de toc rselas. Fue en un bar. Pero ella era capaz de cualquier cosa menos de dejarse tocar las tetas. Se mostraba acomplejada al respecto y yo no lo entendía. Sus tetas eran lo mejor que tenía.

Por fin se dejó. Aunque ni las vi. Met  mis manos debajo de su camiseta y busqué ambos pezones. No los encontr . Recorr  con las yemas de mis dedos la superficie redondeada y sublime de sus tetas, pero all  no estaban. Puede ser que no tuviera o que los tuviera donde no correspondía, muy abajo o muy arriba o muy al centro o en el sobaco, pero yo no los encontr . Ella seguía mostrándose muy acomplejada y yo lo atribu  a eso, a que tenía por tetas dos grandes bolsas colgantes. Sin pezones. No volvimos a salir. Porque no me volvió a llamar.

Sería una putada que Gloria no tuviese pezones.

—Yo ya he roto una. Ahora te toca a ti.

—Pero yo no estaba.

Le doy un adoquín y no rechista. Lo sopesa. Camina hacia una de las farolas. Se pone tan cerca que por un momento temo que los cristales le caigan encima, o la piedra, o ambas cosas. Y lanza el adoquín tan torpemente y sin fuerza que en efecto no alcanza ni por asomo la altura de la luna y está a punto de abrirse la cabeza. Grita. Corre. Es una mujercita. Ríe. Sus pechos se bambolean. Trato de escuchar el mar.

—Este vestido —dice cuando regresa junto a mí—, ¿a que no adivinas con qué tejido está hecho?

Cuando tenía unos doce años jugaba al fútbol en todas partes. Un día estaba en un portal, con un amigo. Disparábamos a darnos cuando el balón rebotó en un escalón y salió despedido hacia el techo y golpeó un plafón. Era un plafón circular como el halo de un ángel. El fluorescente se desprendió y se hizo la oscuridad y me cayó encima. Salimos corriendo porque no queríamos que descubrieran que habíamos sido nosotros. Desde entonces soy el ángel de la oscuridad.

—¿Y tú no crees que la muerte es algo muy serio? —le digo.

—Sí. Sin duda.

—Entonces, ¿por qué la gente le pierde el respeto con tanta facilidad?

—No sé.

Le da unas cuantas vueltas rápidas dentro de su cabecita y añade:

—Supongo que porque siempre está tan presente... que no se dan cuenta.

—Pues no es fácil olvidar que más tarde o más temprano, más bien pronto, mírese desde cuando se mire...

Hago una pausa y suelto:

—Yo no me olvido de la muerte ni cuando estoy follando, te lo aseguro.

Gloria esboza una sonrisa. Sin duda ella cree que puede conseguir que me olvide por un rato de la muerte. Y lo cierto es que posiblemente me olvidaría de la mía solo cuando me acordase de la suya.

Hay una cosa que me preocupa especialmente. Y no es que sea algo importante, pero no puedo dejar de pensar en ello. ¿Qué será de las cosas que me pertenecen? Por ejemplo: si me muero ahora mismo, ¿qué pasará con las botas que tendió Silvia porque estaban mojadas?, ¿quién las destenderá y qué pensará al hacerlo? ¿Se acordará de mí?

—Imagínate que estás moribunda en tu lecho de muerte —quiero ponerla a prueba—. Todo el mundo sabe que te vas a morir hoy o mañana o pasado mañana, pero alguien va a la cocina y te hace un té y en eso vas tú y te mueres. ¿No es terrible? Esa taza de té era para ti. Estaba previsto que en un momento determinado prestaras toda tu atención a esa taza de té, la cogieras con tus propios dedos y te la tomaras. Hay cosas que no se pueden establecer en un testamento. Nadie puede hacer por ti lo que solo a ti te correspondía hacer. Y que alguien se tome tu taza de té no es ningún consuelo. Y que alguien la vierta en el fregadero, tampoco.

—Lo peor —sentencia Gloria— es que todos somos, siempre, moribundos en nuestro lecho de muerte.

Sonrío. Ja.

—No hace falta que lo jures —la miro intensamente, como si estuviera adivinando su cadáver.

Al cabo de un rato, digo:

—¿Sabes?, me gusta hablar contigo sobre la muerte. Casi siempre estamos «de acuerdo».

De pronto Gloria tiene un pitillo en una mano y en la otra un paquete de *Krigger*, y yo no tengo ni idea de dónde los ha sacado. Busco algún recoveco en su vestido, que es tan ajustado y no tiene ni un solo bolsillo. Miro entre sus tetas, intentado adivinar si han podido salir del escote. Hasta que reparo por fin en sus botas y creo estar seguro de que se ha agachado en algún momento y en efecto vuelve a agacharse

para guardar el paquete y coger el mechero. Gloria me ve tan extraviado que me coge del brazo y me sujeta y me apuntala paseando a su lado. También mete una de sus manos en uno de los bolsillos traseros de mis vaqueros, como quien no quiere la cosa.

—Mete esa mano en cualquier otro sitio —digo, tal como suena.

Me mira un tanto desconcertada.

—Tu sentido del humor es muy griego.

La miro con extrañeza (el desconcertado ahora soy yo), y ella añade:

—Muy trágico.

Y entonces una bocanada de humo sale de sus labios como si su boca fuese el cañón de un revólver y me viene a la memoria el Pato Donald, Mickey el Ratón, Porky, Bugs Bunny, Speedy González y el Correcaminos. No sé por qué se agolpan todos ellos ahí cuando el humo del *Krüger* me golpea los ojos. La luna está redonda como un *Chupa Chups* detrás de las antenas, más allá de los tejados. Pero no importa.

—Esta noche no tiene la menor gracia —digo—, por si te quedaba alguna duda sobre el carácter trágico de mi humor.

Se lo he dicho melancólico, como pidiendo auxilio, y ella me encuentra tan desvalido que me envía el salvavidas de sus labios. Yo me apoyo en ellos como si fueran un bastón, pero ella interrumpe el beso y dice «perdona» y expulsa hacia un lado el humo que contiene. Me vuelve a besar, pero ya no es lo mismo. De pronto escucho hacia el final de la callejuela los andares de una vaca. Me estremezco de miedo al oír el tolón del cascabel. Gloria también mira hacia el final de la callejuela, pero ella no demuestra temer nada.

Ella dice:

—Tolón tolón —con la boca hinchada, y ríe—. Tolón tolón.

El sonido dobla la esquina y, como estaba temiendo, no es una vaca, sino un montón de cabras y chivatos y dos perros. Vienen calle abajo y trato de atisbar a alguien, pero no, el rebaño viene solo y abarca el ancho de la callejuela y nos tenemos que apartar y entrar en un portal. Gloria me empuja contra la pared y me muerde el pecho y los hombros y la nuez,

y me tira de los pelos. Afuera ya no hay sitio para nosotros. Me asomo a la puerta y las cabras que vienen pegadas a las casas de este lado pasan acariciándome la pernera del pantalón, como si yo fuera la continuación de la pared.

Me siento como un ciego disparando a la luna con una escopeta de perdigones.

6

—¿Puedo ver cómo meas? —dice Gloria.

Yo no respondo. Estoy cara al mar y la tengo en la mano y ella se acerca por mi espalda.

Me acuerdo ahora de mi primera novia. Tenía quince años, se había bajado las bragas en el camino y yo estaba un poco más abajo, mirando el horizonte, pero podía oír el orín golpeando la tierra y después el reguero llegó hasta mis pies antes incluso de que ella llegase junto a mí. Creo que mi vida cambió después de aquello.

—Entonces es así como... —Gloria está mirándome el orín, que golpea la tierra sin duda con menor presión que el orín de mi primera novia.

Se acuclilla a mi lado y me mira mear de perfil. Y cuando la sacudo ella ríe y yo me empalmo un poco.

Caminamos por el paseo marítimo. Gloria está esperando otra oportunidad para colgarse de mi cuello. Yo estoy terminando de perder mi sentido del humor. La melancolía es como los contenedores que hay en el puerto: amarilla, azul, verde, roja, marrón. Y está llena de pacas de paja. Porque dentro de la melancolía hay sobre todo eso, como cuando fui a visitar a mi abuela y todos los muebles de la casa estaban donde nunca habían estado —para desordenar el recuerdo.

Abuelo había muerto y la melancolía se me puso entera en los ojos (no por él, supongo, sino por ella), y yo me asusté porque no sabía de dónde venía todo aquel sentimiento y de pronto creí que me iba a morir de tristeza. Pero no, nadie se

muere de eso porque dentro de la melancolía no hay más que un montón de paja.

La cama sencilla donde durmió mi abuela los últimos meses de su vida sonaba como una armónica.

Gloria no soporta mi silencio.

—Creo que me siento como aquel tipo que contaba los chistes llorando —dice.

Y como el tempo de nuestra conversación es tan lento no dice lo siguiente hasta al cabo de un buen rato, y un par de olas rompen mientras tanto contra el malecón del paseo.

—Supongo que sus chistes tenían algo más que mucha gracia.

Después Gloria sale corriendo hacia el rompeolas y se pone a esperar el mar, o a buscarlo. Yo me uno a ella y comenzamos a jugar con las olas hasta conseguir mojarnos de veras. Un montón de espuma nos cae encima y la maresía nos envuelve y se posa en nuestros rostros y cuelga de nuestras pestañas. Gloria se pone a brincar y a mirarme como si fuese Brigitte Bardot, o Verónica Lake, con media cara escondida tras el cabello rubio. Pero enseguida caigo en la cuenta de que en casa me espera Audrey Hepburn, y Brigitte se aparta el pelo con el gesto de una niña pija cualquiera.

Desde algún bar nos llega la voz de Lenny Kravitz cantando «quiero ser tu hombre». Eso dice. Y trato de localizarlo aunque sé que entrar en algún bar es lo último que Gloria, Brigitte o Verónica quieren hacer. La voz de Lenny Kravitz se mezcla con el mar rompiendo y Gloria me toma una mano y se la lleva a los labios y lame el salitre que hay entre mis dedos como si lamiera el cacharro de la leche del gato. Le sonrío como suelo hacer en los momentos de mayor violencia interior y Gloria consigue que sus tetas vuelvan a cobrar presencia: ahora por encima del mar.

—Me estás poniendo enfermo —digo.

He dicho lo que siento pero lo he dicho como no lo siento en absoluto. Ella sonrío porque yo he dicho que me está poniendo enfermo como si de un logro suyo se tratara, y sigue lamiéndome.

—Muy enfermo —añado, y Gloria se muestra orgullosa de su éxito.

Me lame la palma de la mano y la posa sobre una de sus tetas, que también está mojada.

—Enfermísimo.

La cojo del brazo y cruzamos el paseo y nos adentramos nuevamente en las calles de la ciudad. Ella me sigue y piensa que por fin he tomado la decisión de follar con ella. Aunque bueno, no exactamente. Si yo tuviera paciencia instaría a Gloria a que nos amásemos como los personajes de *Azotando a la doncella*, pero ni soy paciente ni quiero serlo ni ella en su descaro daría el papel (ni por asomo) ni nada de nada, entre otras cosas porque Gloria no entendería la gloria de su sumisión, lo cual, mire como lo mire, no deja de ser en este instante una triste fatalidad que juega en su contra.

Así que llegamos a algún sitio y ella me empuja contra mi sombra en la pared y se acuclilla y dice:

—Eres más guapo que el Príncipe de Asturias —y se la mete en la boca.

Hay un hombre en un balcón de enfrente. Son unos balcones alargados y el hombre anda en el suyo de un extremo a otro como si estuviera dando un paseo o fuese un centinela. Me fijo bien y caigo en la cuenta de que es ciego y me pregunto qué hará un ciego dando un paseo en su balcón a las cinco de la mañana. Me pongo a jadear un poco. No porque me guste, sino porque quiero que el ciego nos oiga. El ciego detiene su paso y vuelve hacia nosotros una oreja mientras mira hacia el lado contrario. Me ha oído y presta mucha atención. Yo vuelvo a jadear y Gloria lame como si estuviera besando la cabeza de un lagarto adentro afuera. El ciego da dos pasos y se vuelve y da dos pasos y orienta la otra oreja hacia nosotros y da dos pasos para venir al extremo más cercano del balcón y yo jadeo y él se detiene. El lagarto es ahora una serpiente y Gloria se mete en la boca su cabeza adentro afuera para que respire y respirar. Yo jadeo un poco y me apoyo contra mi sombra en la pared y la hago polvo con la presión de mi cuerpo y el ciego se da la vuelta pensativo y da dos pasos y yo jadeo y él se revuelve y orienta la otra oreja para cazar mi voz al vuelo y me voy a correr así que aparto con la mano la cara de Gloria para no hacerle daño y me corro y ella

mira el semen surcando la oscuridad cuatro o cinco metros y no da crédito a lo que ve. Me mira muy sorprendida y yo pienso que esta no es más que otra prueba de la hiperactividad de todo mi organismo estos últimos días. Gloria dice que nunca había visto nada igual y yo le creo: a cuatro o cinco metros que son cuatro o cinco pasos mi semen se ha posado sobre una de esas piedras cursis del suelo.

—Menos mal que has apartado mi cara.

Y el ciego se va a meter en su casa pero Gloria se encarama sobre mi cintura y yo ruedo sobre mi sombra y la suya y el ciego finalmente no entra en su casa. Se pone a andar muy despacio de un lado a otro del balcón, como un centinela ahora pensativo, cuando Gloria se sube el vestido de bañador por encima de las nalgas y me besa y se clava sobre mí y se arquea hasta conseguir ponerme las tetas en la boca y le trinco el pezón y grita y el ciego se detiene de golpe y tiro de su pezón con los dientes y ella trata de cubrirse desesperadamente con los brazos pero alguna desventaja tendría que tener tenerlas tan grandes y sigo tirando hacia mí mordiendo y su pecho cede como una goma elástica tanto que es increíble que no haya podido destetarla todavía y tiro y cede y grita y el ciego expectante y ella sigue clavada en mi cintura tratando de cubrirse con los brazos y me golpea con los puños fuertemente las orejas y todo sería mucho más fácil si no hubiese tirado la navaja en el estanque cuando me revuelvo en el suelo y me encaramo sobre ella y tengo que soltarle la teta porque no tengo resuello pero alcanzo un trozo de botella y el ciego y ella grita y yo le clavo el cristal en la mordisqueada teta del corazón hasta que escucho el mar y el cascabel de una cabra perdida que baja por la calle.

Aún estoy dentro de ella cuando ya no está viva. Escoger una de sus tetas es ahora una elección sencilla. Y me muevo dentro de ella como un lagarto que entra de cabeza y se vuelve dentro para salir de cabeza, con la sensación de que fuera hará menos frío. Yo salgo con la sensación de que saco de sus entrañas mi humilde armónica, y salgo como quien ha roto algo con el filo de sus caderas, y salgo y miro su glorioso cadáver y digo en voz alta algo que escribió Edgar Allan Poe: ¿Quisieras ser amado? ¡Entonces no dejes tu corazón/ salir de su presente senda!/ Siendo tal como ahora actúas,/ sin ser

nada de lo que no realices. Y me voy a apartar de encima de ella cuando Gloria, que está muerta y ya no es Gloria ni Verónica ni Brigitte, pega un grito y se incorpora y yo alcanzo el trozo de botella y se lo meto en la boca y se lo clavo en el cielo cuando abre mucho los ojos como si hubiese regresado hasta que se ahoga con su sangre.